

La Casa del hombre
es una estepa

un pértigo de ruido
y de nada

Estancias espectrales
inmensas oquedades amigadas
de gente desconocida entre sí

que se flagela con látigos de Luz
en las noches desmembradas
por la soledad

Inviviéndose furiosamente
bajo una luna de sexo y satupor

Tienen las mananas
un sabor de angustia gris
que corre por el curso de los
seres de cubículo y resignación

seres ataridos de soledad
que se recogen bajo el cemento maniático
para ignorar el destello quemante del futuro

seres parados en su movimiento
de frenético cangrejo
cuyas patas triturarán su espíritu

seres
con ojos vacuos
destallidos por el volátil veneno de su
estéril esfuerzo

seres que transcurren
solitarias en alguna parte
de su cuadrículado cerebro

una neurona azul
se estremece de miedo y de furia
hambrienta de infinito

sintiendo como la inanidad
impregna despacio su más íntimo núcleo
hasta que la muerte de metal la crucifique

Es por eso que
La Gran Máquina

La Madre Inmarcescible de la Técnica
y la Robótica

bajará
implacable y sutil
por la autopista del aire

desde el infinito lápiz azul
del cielo

ilimitadamente poderosa
moral

para imponer la impronta final
de su Sello

Y nosotros
los hombres
con las caras apaladas
miráremos aterrados
hasta que se aplaste contra
nuestros ojos

sumergidos para siempre
nuestros últimos sentimientos
en un vacío

de fría objetividad
y ausencia

sabiendo
que la arrebatada tromba

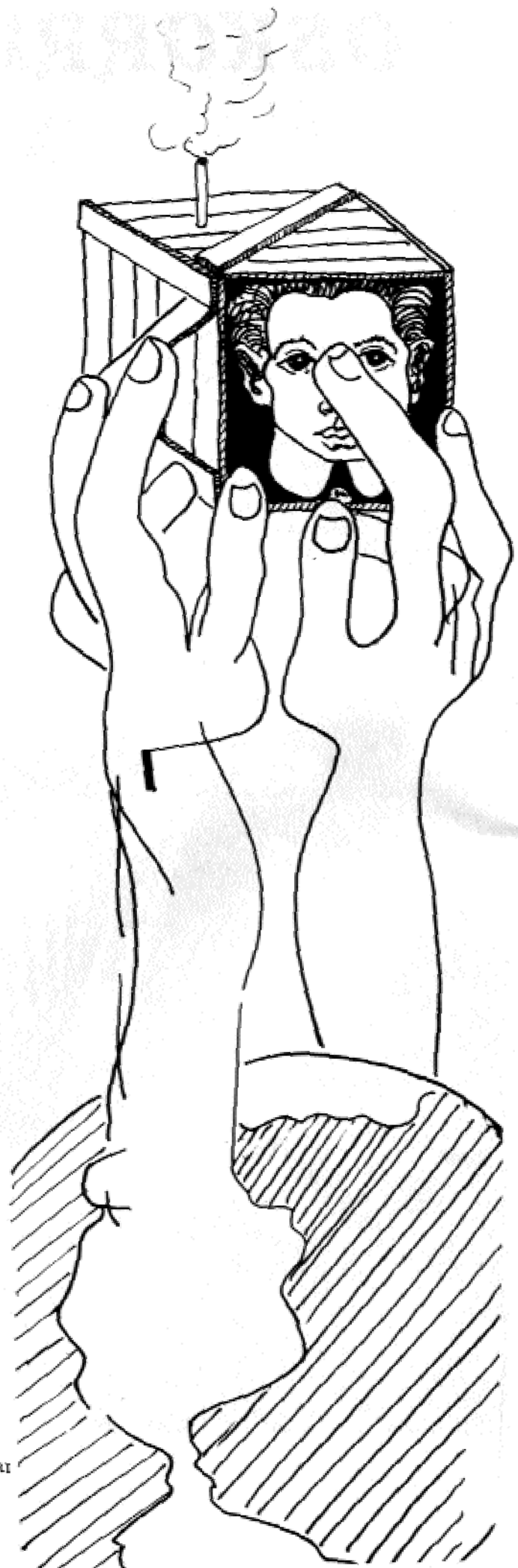
conduce lentamente
hacia la

Nada

vivido
con nuestros ojos de oro

como se expande por nuestro
total espacio

Ilimitadamente objetiva
moral



JULIO MARURI